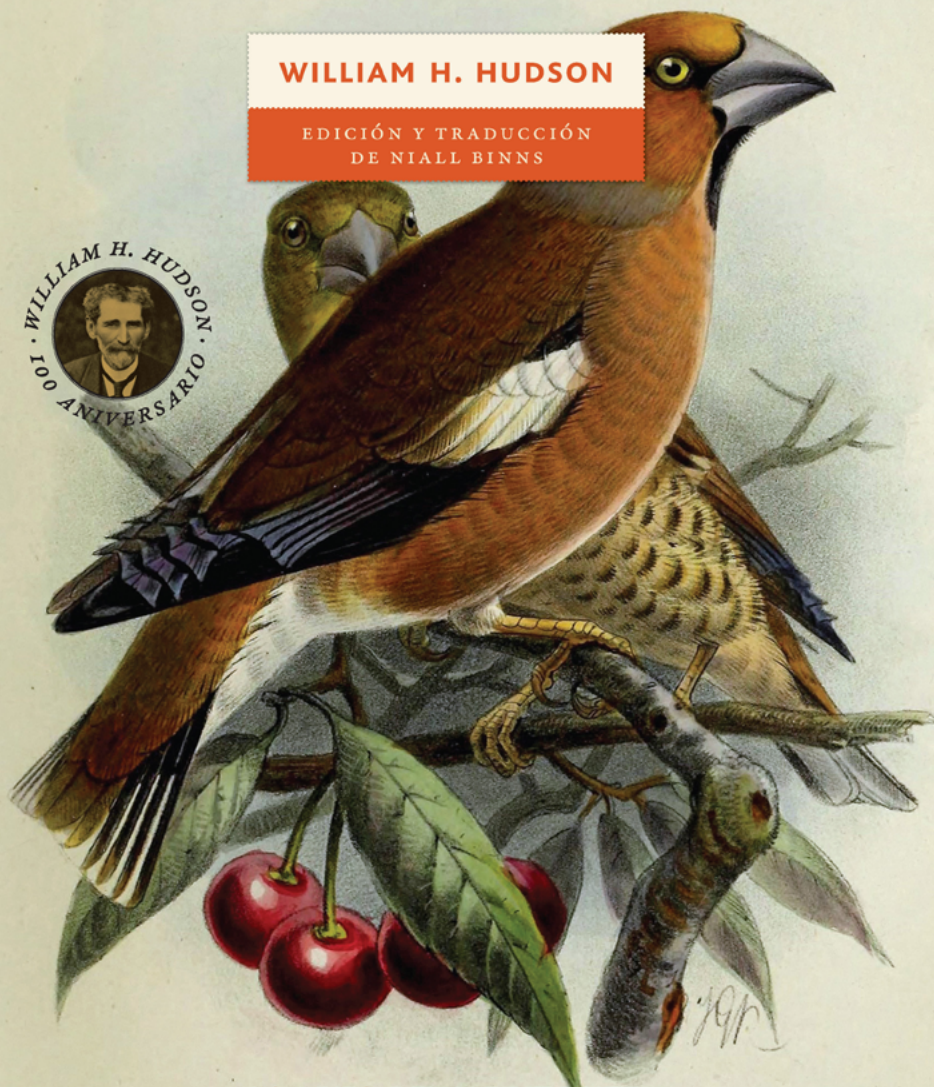


AVES Y HOMBRES

WILLIAM H. HUDSON

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN
DE NIALL BINNS



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



William
H. HUDSON

*(Quilmes, Argentina, 1841-
Londres, Inglaterra, 1922)*

Escritor y naturalista angloargentino, hijo de colonos norteamericanos instalados en el entonces partido de Quilmes, en la provincia de Buenos Aires. A los 32 años se establece en Inglaterra y comienza a escribir su larga obra como novelista, naturalista y memorialista. La obra de Hudson más apreciada la constituyen los relatos inspirados en su etapa americana: *Allá lejos y tiempo atrás* (Acantilado, 2004) y sus novelas *La Tierra purpúrea* (Acantilado, 2004) y *Mansiones verdes* (Acantilado, 2006). Como naturalista y ornitólogo dejó una copiosa bibliografía.

**TÍTULOS DEL AUTOR
EN LA LÍNEA DEL HORIZONTE:**

Días de ocio en la Patagonia

COLECCIÓN CLÁSICOS 3

A pie por Inglaterra

COLECCIÓN CLÁSICOS 10

Aves y hombres

COLECCIÓN CLÁSICOS 14

Aves y hombres

WILLIAM H. HUDSON



TRADUCCIÓN, NOTAS Y ESTUDIO FINAL
DE NIALL BINNS



EDICIÓN ESPECIAL 100 ANIVERSARIO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO | N°14

Colección Solvitur ambulando. Clásicos, 14

Título original: *Birds and Man*



©De la traducción, notas y estudio final: Niall Binns

© De esta edición: Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre, 2022



Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com



Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras

© Del diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico



El Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía
de la Universidad Complutense de Madrid (Facultad de Filología)
ha contribuido a la publicación de este libro con una ayuda a la edición.



Depósito legal: M-19385-2022 | ISBN: 978-84-17594-95-4

THEMA: WTL, WNCB

Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*



Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima
proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con
la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

PALABRAS LIMINARES 11

Aves y hombres

1. AVES EN SU ESPLENDOR
(A MODO DE INTRODUCCIÓN) 15

2. AVES Y HOMBRES 39

3. GRAJILLAS EN EL SUDOESTE 53

4. COMIENZOS DE LA PRIMAVERA
EN EL BOSQUE DE SAVERNAKE 67

5. UN MOSQUITERO SILBADOR EN WELLS 82

6. EL SECRETO DEL MOSQUITERO MUSICAL 92

7. EL ENCANTO DE LAS FLORES
Y SU SECRETO 103

8. CUERVOS EN EL CONDADO DE SOMERSET 120

9. BÚHOS EN UN PUEBLO 129

10. EL EXTRAÑO Y EXTRAORDINARIO
TARRO BLANCO 138

11. GANSOS: UNA APRECIACIÓN
Y UN RECUERDO 146

12. LA CURRUCA RABILARGA
(¿CÓMO SALVAR A NUESTRAS AVES EN PELIGRO?) 161

13. AVES EN LONDRES (1899) 180

14. *VERT-VERT*, O CHISMORREO DE LOROS 197

15. ALGO BONITO EN UNA CAJA DE CRISTAL 210

16. SELBORNE (1896) 220

NOTAS 233

Hudson, pionero del ecologismo

ESTUDIO CRÍTICO DE NIALL BINNS

1. EXTRAÑOS DESTINOS 277
2. DE LA PAMPA A WESTBOURNE PARK 280
3. CONSAGRACIÓN, OLVIDO Y RESCATE:
LA RECEPCIÓN DE HUDSON EN INGLATERRA 291
4. DESCUBRIMIENTO Y ENCUMBRAMIENTO
DE GUILLERMO ENRIQUE HUDSON 302
5. HUDSON EN LA HISTORIA
DE LA ORNITOLOGÍA 318
6. TIERRA DE NADIE, TIERRA DE TODOS 323
7. HUDSON Y LOS INSUFRIBLES CIENTÍFICOS 331
8. EL NATURALISTA DE CAMPO 344
9. EL ÁLBUM MENTAL DE HUDSON 349
10. LA VERDAD DE LA POESÍA 357
11. HUDSON Y *BIRDS AND MAN*:
UN ASUNTO DE NOMBRES 364
12. EL ARTE DE LA DIVAGACIÓN 372
13. EL ESCRITOR MILITANTE
Y EL MALDITO COLECCIONISTA 380
14. AVES DE PRESTIGIO
Y EL PEQUEÑO PÁJARO PARDO 389
15. ANIMISMO Y ANTROPOMORFISMO 396
16. PEREGRINAJE AL SELBORNE
DE GILBERT WHITE 409
- SOBRE ESTA EDICIÓN 413
- BIBLIOGRAFÍA HUDSONIANA
(OBRAS CITADAS) 419

PALABRAS LIMINARES

Hijo de padres estadounidenses, William H. Hudson nació cerca de Quilmes, a unos treinta kilómetros al sur de Buenos Aires, el 4 de agosto de 1841. En casa se hablaba inglés, la familia contaba con una biblioteca de libros de lengua inglesa y la formación esporádica que recibieron los seis hijos fue en inglés, mientras que fuera de la casa, entre los gauchos que acudían a la pulpería del padre y con los hijos de los estancieros vecinos, se hablaba en español. La verdadera educación de Hudson provino, sin embargo, de su convivencia fascinada con las aves y con toda la flora y la fauna de la plantación de acacias y el huerto de la casa familiar, así como de las llanuras que la rodeaban y los lagos cercanos. Esa curiosidad por el mundo natural no decayó en su adolescencia y ya de adulto, en medio de sus andanzas al modo gauchesco por las llanuras del Río de la Plata, Hudson aprendió a cazar y disecar las aves que tanto le apasionaban y estableció contacto con la Zoological Society de Londres, que respondía a sus envíos de pieles de ave con entusiasmo. En abril de 1874, abandonó Argentina rumbo a Inglaterra. No volvería jamás. Vivió largos años de penuria en Londres, pero ya a mediados de los ochenta publicó su primer libro, una novela que en esa primera edición pasaría casi inadvertida. A comienzos de los noventa, alcanzó cierto éxito con dos ensayos sobre la naturaleza argentina, y ya en el siglo XX sus libros de narrativa situados en ambientes sudamericanos —*El Ombú* (relatos de la pampa), la segunda edición de *The Purple Land* (sobre las guerras civiles en la Banda Oriental, el futuro Uruguay) y *Green Mansions* (novela ambientada en la selva tropical de Guyana)— lo consagraron definitivamente. Sus memorias *Far Away and Long Ago*, de 1918, suelen ser consideradas su obra maestra. Estos libros, como todo lo que escribió, están en inglés.

Entre 1893 y 1922, Hudson —que ya repudiaba la caza indiscriminada de las aves y el exterminio que sufrían tanto en su país

adoptado como en su Argentina natal— publicó catorce libros de ensayos o crónicas sobre el mundo rural del sur de Inglaterra. Entre ellos, *Birds and Man* —que he traducido como *Aves y hombres*— tuvo una primera edición en 1901 y una segunda, con añadidos de diversa índole, dos capítulos nuevos y otro suprimido, en 1915. Es un libro que se centra en la gran pasión de Hudson, las aves, y hasta ahora jamás se había traducido. En esta primera edición en español, he añadido un estudio final —«Hudson, pionero del ecologismo»— que indaga en la vida y obra del autor, sobre todo en lo que concierne a este libro, y en la importancia de su legado. En las notas he querido dar información relevante sobre los numerosos escritores y científicos nombrados o citados por Hudson y sobre las aves que menciona, y he querido, por otra parte, establecer un diálogo con otros de sus ensayos.

En el centenario de su muerte —falleció el 18 de agosto de 1922—, este libro es el mejor homenaje que he podido concebir a un autor imprescindible en las letras británicas y aún más —después del tardío descubrimiento de su obra— en Argentina, donde se ha celebrado a «Guillermo Enrique» como un eslabón perdido (y recuperado) en la tradición de las letras rioplatenses. En nuestros tiempos de cataclismo ecológico, los ensayos de Hudson —pionero entre pioneros en su defensa de la biodiversidad del planeta— nos atañen más que nunca. «No podemos darnos el lujo de esperar», escribió en este libro al ver la hemorragia de tantas especies ya desaparecidas o en vías de desaparición. Parece, a veces, como si siguiéramos esperando el momento de actuar.

NIALl BINNS



AVES Y HOMBRES

WILLIAM H. HUDSON



AVES EN SU ESPLENDOR (A modo de introducción)

Hace algunos años, en un capítulo que dediqué a los ojos en un libro de memorias sobre la Patagonia, hablé del desagrado que me producía el espectáculo de las aves disecadas. No me refería, desde luego, a las pieles de ave en los cajones de un gabinete, ya que estas son indispensables para el ornitólogo y de gran utilidad para ese espectro más amplio de personas que sin ser ornitólogos se interesan inteligentemente por las aves. Lo desagradable era el espectáculo de pieles rellenas de lana y subidas sobre sus patas en imitación de aves vivas, a veces (¡vaya parodia!) en su «entorno natural». Ese «entorno» suele estar construido y compuesto de unos pocos puñados de tierra para conformar así el suelo de la caja de cristal: arena, roca, arcilla, caliza o gravilla; sea cual sea el material, tiene invariablemente, como toda «materia fuera de su lugar»,¹ un aire mugriento y triste. Sobre ese suelo hay hierba, juncias y arbustos en miniatura, hechos de zinc y latón, que han sido sumergidos después en un cubo de pintura verde. En el capítulo mencionado escribí:

Al cerrarse los ojos con la muerte, el ave se transforma, salvo para el naturalista, en un simple manojo de plumas muertas; por mucho que se metan bolas de cristal en las cuencas vacías y se le dé al espécimen disecado una actitud desafiante imitadora de la vida, nada hay de vital en la mirada de esos orbes vítreos: «la pasión y la vida, cuyas fuentes son de dentro»² se han desvanecido, y hasta la obra más fina del taxidermista, que ha dedicado una vida entera a su arte bastardo, no suscita en la mente más que sensaciones de irritación y asco.³

Está mal escrita esa última oración. Debía haber dicho «en *mi* mente», y asimismo en la mente de todos los que, conociendo

las aves vivas tan íntimamente como yo, comparten mis sentimientos hacia ellas.

En vista de esta actitud mía sobre las aves disecadas y montadas en su «entorno natural», no es menos natural que yo evite los lugares donde se expongan. En Brighton, por ejemplo, en las numerosas ocasiones en que he visitado y me he alojado en esa pequeña ciudad, nunca tuve la inclinación de ver el Museo de Booth,⁴ que se supone que ofrece una colección inmejorable de aves británicas. Sabemos que fue la obra de toda la vida de un ornitólogo fervoroso que era a la vez un hombre de recursos, y no ahorró esfuerzos para que fuese perfecta a su manera. Hace unos dieciocho meses pasé una noche en la casa de un amigo no muy lejos de la calle de Dyke, y a la mañana siguiente, ya que contaba con un par de horas libres, di una vuelta por el museo. Fue una experiencia dolorosamente decepcionante, porque si es cierto que no esperaba disfrutar de la visita, no había previsto el malestar que me causaría. Resulta que hacía poco tiempo yo había observado una curruca rabilarga en vivo, en el momento de mayor belleza de esta pequeña y escurridiza criatura, porque no solo llevaba su plumaje más brillante sino que el entorno en sí era ideal: «la aliaga era incienso y llama».⁵ Ofrezco una amplia descripción de la curruca rabilarga, tal como la vi entonces y en otras muchas ocasiones en la época del florecimiento de las aliagas, en un capítulo de este libro; pero en esa ocasión particular, mientras la observaba, la veía con un aire nuevo e inesperado, y sintiéndome sorprendido y feliz exclamé para mi interior: «¡Ya he visto el chochín del tojo en todo su esplendor!».⁶

Puede que haya sido un suceso excepcional, uno de esos efectos de la luz sobre el plumaje que solemos ver en aves con plumas lustrosas y de color metálico, aunque también, con menos frecuencia, en otras especies. Así la tórtola europea, al apartarse del observador con el sol de mediodía reflejado en su plumaje superior, cuando llega a una distancia de doscientos o trescientos metros parece teñirse a veces de una blancura radiante.

Llevaba un par de horas observando los pájaros. Estaba sentado, inmóvil, sobre una mata de brezo en medio de los arbustos de aliaga, y de vez en cuando se me aproximaban, impulsados por la curiosidad y la inquietud, ya que sus nidos estaban cerca, pero nerviosos siempre, no permanecían a la vista por más de unos pocos segundos. El más bello y atrevido era un macho, y fue este el que acabó por posarse en un arbusto a la altura de mis ojos, a unos doce metros de donde me encontraba sentado, y se exhibió ante mí de manera habitual, con la larga cola erguida, la cresta erecta, el ojo carmesí centelleante, y con la garganta henchida mientras me regañaba con sus breves reclamos. Pero su color ya no era el de una curruca rabilarga: a cierta distancia, su plumaje superior parece siempre de un negro pizarroso; desde cerca es de marrón pizarroso; en ese instante, en cambio, estaba oscuro, y salpicado o moteado con exquisitos matices blancos y grisáceos, como la blancura de la plata oxidada. Esa extraña aparición, tan hermosa, permaneció allí durante un lapso de unos veinte segundos y luego se esfumó. Voló a una rama distinta, y volvió a ser un pequeño pájaro marrón pizarroso con un pecho rojo castaña.

Es improbable que yo vuelva a ver la curruca rabilarga con esa estampa, ese curioso resplandor forjado por la luz del sol sobre las plumas delicadas, oscuras pero a la vez semitranslúcidas, de su manto. La imagen, sin embargo, se ha alojado en mi mente y, junto a otro millar de imágenes igualmente bellas, me acompañará como una posesión para siempre.

Durante mi vista a la célebre Colección Booth, me vino a la mente este recuerdo del pájaro que acabo de describir; y después de escudriñar la amplia y alargada sala con sus estantes atestados de aves disecadas, como si fueran los estantes abarrotados de una tienda, en busca de las currucas rabilargas, fui directamente a una vitrina donde había un grupo de ellas amarradas a un arbusto de aliaga. Cada ejemplar había sido retorcido por el taxidermista en una actitud distinta. Eran pajarillos viejos, polvorientos y

muertos, dolorosos de ver. Eran un libelo contra la naturaleza y un insulto a la inteligencia humana.

Fue un alivio abandonar esa vitrina por otras, menos indecentes, pero todas las aves, al igual que las currucas, estaban puestas también en su entorno natural: unas piedrecillas, un poco de pasto, algunas hojas pintadas o qué sé yo, y por detrás una vista panorámica sobre el gran mundo de fuera, con su tierra verde y su cielo azul, todo pintado sobre el escueto cuadrado de madera o lienzo que conformaba el fondo de la caja de cristal.

Me fijé en las conversaciones de las otras personas que recorrían la sala, y oí muchas expresiones sinceras de admiración: estaban realmente encantadas y pensaban que era todo una maravilla. Esa es, en realidad, la impresión general de los que visitan esos lugares, y si realmente es sincera, la sencilla explicación es que no conocen otra cosa. Nunca han visto de verdad nada del mundo natural; han mirado siempre con la mente y la imaginación ocupadas por otras cosas más familiares: por escenas y objetos del interior, por paisajes descritos en los libros. Si en algún momento hubiesen contemplado de verdad —es decir, con emoción— aves vivas y en libertad, la imagen de lo contemplado se habría fijado en sus mentes; y así, con algo de criterio para la comparación, aquellos restos deprimentes de cosas muertas, expuestos como si fuesen una restauración o semblanza de vida, no habrían producido en ellos más que un efecto profundamente desolador.

Se habla del valor educativo de este tipo de exposición, y es legítimo conceder que podría ser útil para jóvenes alumnos de zoología, sobre todo si se repartieran los ejemplares a lo largo de un área extensa, colocándolos en grupos dispersos para ofrecer una idea aproximada de la relación que hay entre cada uno de ellos, y de cada conjunto con los grupos vecinos, y de estos con otros aún más distantes. La sola ventaja de organizarlos así sería permitir que el joven estudiante se librara de la noción falsa, suscitada ineludiblemente por la clasificación que se aprende en los libros, de que la naturaleza ordena sus especies en líneas o filas, y

sus géneros en una cadena. Pero nadie ha intentado un plan de esa índole, probablemente porque sería provechoso solo para uno de cada quinientos visitantes, y el coste sería excesivo.

Tal como están, las colecciones no ayudan a nadie. Sirven solo para confundir y en muchos sentidos son nocivas para la mente, sobre todo entre los jóvenes. De la multitud de ejemplares que se exponen ante el público, cada uno constituye una falsificación y una degradación de la naturaleza, y la impresión que dejan es la de una masa o ensamblaje de formas incongruentes, y de una confusión de colores. El único consuelo es que la naturaleza, más sabia que nuestras autoridades, se opone a ese rudo sistema de sobrecargar el cerebro. Es benévola con la intemperancia de sus hijos silvestres y es capaz, también, de librar la mente congestionada de una carga así. Esos objetos en un museo no son ni pueden ser vistos con emoción, tal como contemplamos las formas vivas y todo lo natural; y, ya que somos lo que somos, son incapaces de registrar en nosotros impresiones duraderas.

Me hizo falta un largo paseo por las colinas cercanas para poder sintonizar de nuevo con el mundo de fuera tras esa experiencia tan disonante; pero, antes de dejar la casa de la calle de Dyke, me vino un viejo recuerdo que me alivió bastante, o que me hizo al menos sonreír. Fue el recuerdo de una historia de la Edad de los Necios, que oí hace largos años en los días de mi juventud.

Me encontraba en un pequeño puerto fluvial del Río de la Plata, la Ensenada de Barragán,⁷ ayudando a un amigo a transportar una cantidad de ovejas que había comprado en Buenos Aires y que quería enviar a la Banda Oriental, la pequeña república a la orilla al este de ese enorme río que se parece al mar. Las ovejas, que llegaban en número a casi seis mil, estaban confinadas en el extremo de la caleta donde los pequeños barcos de vela se acercaban a la costa, y una cuadrilla de ocho hombres se encargaba de subirlas a bordo, llevándolas una a una sobre sus espaldas por una estrecha tabla, mientras yo llevaba la cuenta. Todos eran gauchos, con la excepción de uno: un portugués tuerto y de baja estatura que tenía

una pinta bastante extravagante. Ese sujeto era el alma de la cuadrilla, y con sus chistes y excentricidades mantenía a los demás de muy buen humor. Hacía un calor sofocante, y a intervalos de más o menos una hora los hombres dejaban el trabajo y se sentaban en cuclillas sobre la ladera embarrada para descansar y fumar sus cigarrillos; y el gracioso tuerto portugués aprovechaba la ocasión para contar alguna historia divertida. Una de esas historias trataba sobre la Edad de los Necios, y me divirtió tanto que aún hoy la recuerdo. Era la historia de un hombre de esa época remota, un adelantado a su tiempo que se cansaba de su vida monótona y hasta de la compañía de su mujer, que no era ni un ápice menos necia que los demás habitantes del pueblo donde vivían. Llegó el día en que el hombre decidió abandonar el pueblo para ver el mundo, y tras despedirse de su mujer y sus amigos partió de viaje. Recorrió muchos países y tuvo numerosas aventuras tan extrañas como entretenidas, que con el permiso del lector me abstendré de relatar, ya que este no es un libro de relatos. Regresó por fin a su casa, sano y salvo y mucho más rico de lo que había sido antes. Cuando abrió su equipaje y desplegó ante su mujer la cantidad impresionante de monedas de oro, las docenas de piedras preciosas y las baratijas de un valor incalculable, ella, después de contemplar ese tesoro deslumbrante, lanzó un alarido de placer, se incorporó de un salto y salió corriendo de la habitación. Al ver que no volvía, el hombre salió detrás y después de buscarla durante un buen rato descubrió que había bajado corriendo a la bodega, y tras toparse con una gran barrica de vino había saltado adentro y se había ahogado de pura alegría. «Terminó así la aventura del hombre y vivió a partir de entonces feliz como una perdiz», concluyó con cinismo el tuerto, mientras la cuadrilla se levantaba para retomar el trabajo de subir a bordo las ovejas.

Fue una de las aventuras de ese hombre del cuento la que me vino a la mente en el Museo de Booth y me hizo sonreír. En sus andanzas por una región escasamente poblada, llegó a un pueblo donde al pasar por delante de la iglesia fue testigo de

un espectáculo curioso. La iglesia era un edificio imponente de techo redondeado, con enormes muros sin ventanas, en el que la única puerta visible era del tamaño de la puerta de una casucha. De ella vio salir a un anciano diminuto que sujetaba en sus manos un gran costal vacío. Era un hombre muy viejo, doblado por las dolencias y con la cabeza inclinada, que llevaba una melena y una barba blancas como la nieve. Avanzó tambaleándose hasta el centro del patio de la iglesia, donde agarró por sus bordes superiores el costal vacío y lo mantuvo abierto con los brazos extendidos a lo largo de unos cinco minutos; luego, con un brusco movimiento de las manos cerró la boca del costal, y sin dejar de sujetarlo volvió a la iglesia tan rápido como lo permitían sus raquíticas piernas. Desapareció por la puerta. Unos minutos más tarde, volvió a salir, repitió la escena, y seguiría haciéndolo hasta que el viajero se acercara para preguntarle qué hacía. «Estoy iluminando la iglesia», dijo el anciano y procedió a explicar que la iglesia era muy grande y majestuosa, y estaba llena de ornamentos suntuosos, pero por dentro era muy oscura, hasta tal punto que cada vez que la gente acudía a misa se formaba un tremendo lío, ya que no podían ni verse entre ellos, ni ver al cura, y el cura tampoco veía a nadie. Siempre había sido así, continuó, y era un misterio insondable; por ello, los prohombres del pueblo a él lo habían contratado hacía mucho tiempo, cuando aún era joven, para llevar la luz del sol al interior de la iglesia. No obstante, aunque había envejecido haciéndolo y cada año había transportado hacia dentro millares y millares de costales de luz solar, la iglesia seguía tan oscura como siempre y nadie sabía explicar por qué. No hace falta relatar el fin de la historia. El lector ya sabe que la iglesia en sombras se llenó por fin de luz, que al viajero lo festejaron y honraron todos los habitantes del pueblo, y que siguió su viaje cargado de regalos.

Este tipo de parábola no suele guardar moralejas o significados ocultos en una edad tan ilustrada como la nuestra. Es curioso ver, sin embargo, que seguimos padeciendo un engaño no tan distinto al de esos aldeanos que pensaban que la luz del

sol, cargada en un saco, podía iluminar la oscuridad de su iglesia. Pertenecía a un grupo o familia de engaños e ilusiones que el Sr. Sully no mencionó en su libro sobre ese tema tan fascinante.⁸ Un ejemplo concreto del engaño que he comentado, donde puede observarse en toda su crudeza, es el siguiente.

Un hombre está paseando por el borde del agua cuando pasa volando delante de sus ojos un martín pescador, con su plumaje de un azul tan impresionante que supera en brillo y belleza a todos los azules que el hombre ha visto jamás en el cielo o en el agua, en una flor, una piedra o cualquier otra cosa. Al verlo, siente el deseo inmediato de poseer esa gracia tan singular, ese objeto brillante que está destinado a proporcionar —así lo imagina, fascinado por lo que ha visto— un placer duradero para él y toda su familia; un ornamento comparable a esa piedra espléndida que el pescador pobre encontró en el estómago de un pez y se convirtió en un juguete para sus hijos de día y una vela para él por las noches.⁹ Agarra de inmediato su escopeta, mata de un disparo al martín pescador, hace que lo disequen y lo metan en una caja de cristal, pero descubre que ya no es la misma cosa. La imagen del ave viva, iluminada por el sol, que pasó por delante de sus ojos en un estallido de color, sigue en su mente y crea en él una especie de ilusión cada vez que contempla la momia emplumada. Para los demás, en cambio, ese lustre es invisible.

Es debido a la prevalencia de este engaño que los martines pescadores disecados, como sucede con otras especies de colores brillantes, se ven expuestos en los salones de decenas de millares de casas de campo a lo largo y ancho de este país.¹⁰ Los que viven en el campo no son los únicos, sin embargo, en cometer este error; cualquier persona dispuesta a reflexionar descubrirá que existe de algún modo en casi todas las mentes: esa curiosa ilusión de que el lustre que hemos visto y tanto admiramos está dentro de la caja, en el bucle de lana —esa sustancia tangible—, y no en el espíritu vital que latía en el interior del ave y en la atmósfera y el milagro de luz solar que se encuentran afuera.

Vuelvo a mis propios gustos y sentimientos, ya que en este primer capítulo me he dado permiso para escribir de hombres (es decir, de mí mismo) y aves; los demás capítulos se ocuparán del tema de aves y hombres. Mi ambición y mi mayor placer han sido siempre, al menos desde que tengo memoria, ver y oír cada ave en todo su esplendor. Se trata aquí de un término comparativo, y me refiero con él solo a un aspecto excepcionalmente atractivo de las aves, o bien, muy superior a su aspecto normal. Es algo que puede surgir de una conjunción afortunada de circunstancias, o de la armonía peculiar que se crea entre un ave y su entorno, o, en algunos casos —como el referido sobre la curruca rabilarga—, a los extraños efectos del sol. En otros casos, es algún movimiento o travesura singularmente grácil, o incluso grotesco, el que provoca la impresión. Después de experimentar una de estas impresiones, otra igualmente excelente puede llegar en una fecha posterior: en ese caso, la segunda impresión no anula la anterior y tampoco se le superpone; ambas siguen presentes, como posesiones indelebles de la mente, y podemos atesorar así múltiples imágenes mentales de una misma especie.

Cada mente funciona de esta manera en su relación con los objetos y las escenas que le son de especial interés. El ejemplo siguiente servirá para aclarar el asunto a lectores poco acostumbrados a atender a sus propios procesos mentales. Cuando pensamos o hablamos de algún objeto cotidiano, como una silla, una pala o una manzana, este se presenta de inmediato ante la mente en forma de imagen; no la imagen de una pala o manzana particular, sino la de un tipo que representa el objeto, que ya existe en la mente y está disponible en todo momento. Respecto al origen de ese tipo, de esa pala o manzana mental, no hace falta que nos preocupemos por ello aquí. Si el objeto pensado o comentado es un animal —un caballo, digamos—, la imagen visualizada por la mente será casi siempre, como en el caso anterior, un tipo que ya existe en la mente y no un individuo concreto. Sin embargo, para alguien con un vivo interés en los caballos en general, que sabe montar y ha poseído y amado a muchos caballos, le llegará a la mente la imagen

de un caballo particular que ha conocido y ha contemplado con aprecio; y será capaz, también, de convocar las imágenes de otras docenas o veintenas de caballos que ha conocido y contemplado de la misma manera. En cambio, si pensamos en una rata, no vemos un individuo, sino un tipo, porque un animal así no suscita en nosotros ni interés ni sentimientos especiales, y todas las imágenes sucesivas que hayamos recibido de las ratas se confunden en una sola: el tipo que ya existía en la mente y se formó probablemente en nuestra infancia. El caso del perro es distinto. Los perros son más parte de nuestra vida, nos relacionamos íntimamente con ellos y es posible que hayamos sentido cariño por muchos perros individuales; de ahí que la imagen que surge ante la mente suela ser la de algún perro que hemos conocido.

La cuestión importante aquí es que, aunque cada cosa que vemos registra una impresión en nuestros cerebros y es capaz de ser evocada varios minutos, horas y hasta días después, las únicas impresiones permanentes son las que provienen de cosas que hemos visto con emoción. Podríamos pensar en mil cosas que hemos visto y sobre las que solo posteriormente ha surgido en nosotros algún interés, y nos encantaría y nos resultaría provechoso recuperar sus imágenes, y luchamos y rebuscamos en nuestros cerebros para conseguirlo pero en vano: están perdidas para siempre por el simple hecho de que en el momento de verlas no nos interesaban, y las vimos con indiferencia y sin emoción.

En cuanto a las aves, las veo en mi mente de dos maneras: cada especie que he conocido y observado en su estado natural tiene su tipo en mi mente, una imagen que veo invariablemente cada vez que pienso en ella; pero me llegan, al mismo tiempo, una o dos o muchas imágenes, en algún caso hasta cincuenta, de esa misma especie de ave tal como la he visto en momentos excepcionalmente favorables y con un interés y placer especiales. De los centenares de imágenes perdurables que guardo de nuestras especies más cotidianas, hay una que describiré a continuación antes de concluir con esta parte del asunto.

**COLECCIÓN
SOLVITUR AMBULANDO**

*Clásicos de la exploración y el viaje para volver a recorrer
el mundo con una mirada actual.*

CL#5 *Con las suelas al viento*
Viajeros, eruditos y aventureros

MARTÍN CASARIEGO

CL#6 *Verano en los lagos*

MARGARET FULLER

CL#7 *Japón inexplorado*

ISABELLA BIRD

CL#8 *Diario ártico*
Un año entre los hielos y los inuit

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

CL#9 *Impresiones y paisajes*
Con «Un poeta en Nueva York»

FEDERICO GARCÍA LORCA

CL#10 *A pie por Inglaterra*

WILLIAM H. HUDSON

CL#11 *Las tierras altas de Albania*

EDITH DURHAM

CL#12 *Viajes por Manchuria y Mongolia*

AKIKO YOSANO

CL#13 *Cuadros de viaje*

HEINRICH HEINE

CL#14 *Aves y hombres*

WILLIAM H. HUDSON

· EDICIÓN ESPECIAL 100 ANIVERSARIO ·

Cuando William H. Hudson publicó *Aves y hombres* en 1901, ya era un escritor caracterizado por su militancia en defensa de las aves. En esta obra, intrigado por esta maravillosa fauna, describe con minucioso detalle el vuelo de las perdices, el comportamiento de los búhos, el canto de los ruiseñores, el plumaje de las grajillas, etc. Y es que, desde joven, Hudson estuvo vinculado a la Society for the Protection of Birds, y ya había escrito varios panfletos donde denunciaba el uso de plumas de gacetas y aves del paraíso en la moda femenina, por ejemplo. Así, se fue convirtiendo en una voz representativa en los círculos conservacionistas y en un verdadero precursor del ecologismo.

Por primera vez traducida al español —y en un edición crítica—, *Aves y hombres* es un libro que se centra en la gran pasión de Hudson, las aves, y que demuestra su perspectiva global sobre los problemas acarreados por la civilización moderna y el capitalismo internacional. En nuestros tiempos de cataclismo ecológico, los ensayos de Hudson —pionero entre pioneros en su defensa de la biodiversidad del planeta— nos atañen más que nunca.



«La experiencia del campo de Hudson está hecha de caminatas sin rumbo, a lo largo de las cuales algo visto u oído lo detiene de pronto y lo mantiene inmóvil, apoyado en un tronco o sentado sobre las raíces de un árbol [...], observando el transcurrir de la vida animal, la puesta en marcha de una naturaleza cada vez más desprevenida ante el intruso que se le ha metido en medio».

NIALl BINNS

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ISBN: 978-84-17594-95-4 | THEMA: WTL, WNCB



9 788417 594954